



*Gregorio Marañón, Caras y Caretas,
17 de enero de 1931.*

EL RESCATE Y LA MEMORIA

Gregorio Marañón: Los inicios de los estudios médicos sobre sexualidad en España

Norberto Aldo Conti

Gregorio Marañón y Posadillo nació en Madrid el 19 de mayo de 1887, fue médico y ensayista, abarcando en sus trabajos no médicos algunos de los acuciantes problemas que enfrentó España en su tiempo, por lo cual es considerado como un intelectual español de la generación de 1914.

Estudió medicina alcanzando el título de Licenciado en 1909 y el de Doctor en Medicina en 1910; de sus maestros el más relevante fue, sin duda, Santiago Ramón y Cajal, a quien recordaba no solo por sus enseñanzas científicas, sino también por su impronta moral como lo atestigua en su discurso de ingreso a la Academia de Ciencias en 1947.

Al inicio de su actividad profesional se interesó por la endocrinología en el momento en que esta especialidad comenzaba a desarrollarse en España; en ese año de 1910 viajó al laboratorio de Paul Ehrlich en Frankfurt donde realizó investigaciones en quimioterapia bajo su supervisión. En 1911 regresa a España y trabaja en el Hospital General de Madrid donde desarrolla una intensa actividad clínica y académica en torno a la naciente endocrinología española. Fruto de esta actividad fue un curso introductorio dictado en el Ateneo de Madrid en 1915 que se publicó como *La doctrina de las secreciones internas*, y luego su libro sobre el climaterio, *La edad crítica*, de 1919, y su discurso de ingreso a la Academia de Medicina, *Problemas actuales de la doctrina de las secreciones internas*, pronunciado en 1922.

Durante la década de 1920 Marañón se interesó en la obra de Freud, especialmente en la teoría psicosexual; entendía la libido como “hambre sexual” y la postulaba también como un impulso primario, pero dependiente de la irrupción en el torrente sanguíneo de la descarga hormonal gonadal. Esta manera de articular la naciente teoría psicoanalítica con la biología y el saber médico llevó a que fuera muy leído en algunos círculos críticos a la teoría psicoanalítica de la libido y también entre psicoanalistas a quienes les interesó su aproximación a la temática del desarrollo psicosexual, entre ellos es destacable Marie Bonaparte quien hace referencia a Marañón en su trabajo *De la sexualidad de la mujer* y en cuya casa Marañón conoció a Freud.

Pero el interés de Marañón no se circunscribe a la sexualidad; durante esa década también se ocupó de llevar adelante investigaciones sobre la hipófisis, la tiroides, las paratiroides y las suprarrenales con importantes publicaciones sobre la enfermedad de Addison. Fruto de este trabajo es su libro *Endocrinología*. Reconocido como uno de los orientadores de la clínica médica española de esa época, en 1931 fundó el Instituto de Patología Médica y en 1932 fue elegido, sin oposiciones, Catedrático de Endocrinología.

Debido a la Guerra Civil Española emigró a Francia, viviendo en París entre 1936 y 1943, año en que regresó a Madrid; en 1945 pasó a integrar el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en 1948, a instancias suyas, el Consejo creó el Instituto de Endocrinología Experimental; por esa época publicó su Manual de diagnóstico etiológico considerado el primer tratado de medicina interna producido en España y ampliamente difundido en la medicina de lengua castellana.

El otro aspecto destacado de su vida intelectual se refiere a su actividad como ensayista, tal vez de mayor notoriedad, para el gran público, que su producción médica. Allí desarrolló un estilo situado a mitad de camino entre la producción científica y la expresión literaria que mucho tuvo que ver con el éxito de sus publicaciones, sus temas están centrados en las biografías y la historiografía, entre su prolífica obra podemos destacar: *Enrique IV de Castilla y su tiempo* (1930), *Las ideas biológicas del padre Feijoo* (1934), *Vocación y ética* (1935) *El Conde-duque de Olivares (la pasión de mandar)* (1936); *Tiberio. Historia de un resentimiento* (1939); *Luis Vives (Un español fuera de España)* (1942); *Antonio Pérez (El hombre, el drama, la época)* (1947); *Cajal: su tiempo y el nuestro* (1950), *El médico y su ejercicio profesional en nuestro tiempo* (1952), *El Greco y Toledo* (1956).

Debido a sus múltiples actividades intelectuales Marañón recibió el reconocimiento de gran cantidad de instituciones españolas y extranjeras, entre las cuales podemos citar su incorporación a las Reales Academias Nacionales de la Lengua, de la Historia, de las Bellas Artes, de Medicina y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de España, La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia, los Doctorado Honoris Causa de las Universidades de Oporto y Coimbra de Portugal y el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Sorbona de París.

Falleció en Madrid el 27 de marzo de 1960 a los 72 años.

Los Estados Intersexuales

En diciembre de 1927 Gregorio Marañón impartió un Ciclo de Conferencias en la Sociedad Hispanocubana de Cultura de la Habana; el material en ellas presentado constituyó el núcleo de origen de su obra *Los Estados Intersexuales en la Especie Humana*, publicado por Morata, en Madrid en 1929.

En el prólogo de la misma nos da una clara indicación del camino que piensa recorrer y de los lineamientos teóricos que lo articulan:

La intersexualidad es un elemento de la normalidad sexual actual, y su conocimiento uno de los puntos de partida de la normalidad futura. Las anomalías sexuales —la homosexualidad principalmente— constituyen tan solo un capítulo aislado en la larga serie de los que forman este estudio. Casi todos los seres humanos están tocados, en grado mayor o menor, de una sombra de intersexualismo, sin detrimento de su normalidad social. La perversión del instinto afecta, únicamente en un número, en proporción, muy reducido de nuestros semejantes. Ocurre, pues, con la vida instintiva lo mismo que con la vida de la inteligencia. El hombre de resortes mentales perfectos es casi un mito; pero entre este mito y el demente hay una ancha zona donde se acogen, haciendo equilibrios entre la normalidad y la extravagancia, casi todos nuestros semejantes. De la misma suerte, entre el ser humano de sexualidad inmaculada —casi teórico— y el de sexualidad invertida, se extiende la gran masa de los hombres y de las mujeres, normales en el sentido social; pero que, biológicamente, exhiben una sexualidad impura.

Y así como la interpretación de las diversas formas de la locura no puede intentarse considerándolas como fenómenos extraños a la normalidad, sino como prolongaciones por grados sucesivos de ésta; así también los desvaríos del instinto no deben ser para nosotros otra cosa que formas retrasadas de tendencias unidas a la tendencia normal de los hombres actuales por raíces de un monstruoso sentido filogenético. Solo así se logrará el sueño de la diferenciación sexual perfecta. Así, y no con los inequívocos, chistes y jactancias del necio orgullo sexual de los hombres de ahora. Luego de esta declaración de principios desarrolla un volumen de 250 páginas en donde aborda el concepto de intersexualidad, el estudio de los caracteres sexuales, la clasificación y descripción de los estados intersexuales y su controvertida visión acerca de la “evolución asincrónica de las sexualidades masculina y femenina”, el concepto más original que nos presenta en esta obra y que invitamos al lector a que lo conozca y analice tratando de poner entre paréntesis la enorme carga anacrónica que puede generar en estos nuevos tiempos de deconstrucción de las masculinidades.

Los estados intersexuales en la especie humana

Gregorio Marañón - 1929

CAPÍTULO I

Definición y concepto de la intersexualidad

Durante mucho tiempo –durante casi toda la historia de la Humanidad– se ha creído que lo masculino y lo femenino eran dos valores antagónicos y profundamente diferenciados. Un hombre y una mujer se encontraban tan alejados uno del otro por el hecho de su sexo, como por ninguno de los otros motivos que seccionan en grupos a los seres humanos, ya los de orden natural –la vejez y la juventud, por ejemplo– ya los puramente artificiosos –como las religiones, nacionalidades, etc. El concepto de la integridad del propio sexo se mantenía como un carácter inviolable de la personalidad. Toda duda, a este respecto, era una ofensa. La afirmación sexual, por el contrario, un motivo de orgullo; sobre todo, para el varón, que previamente había decidido la superioridad de su posición biológica respecto a la mujer. Los mismos lazos afectivos que unen entre sí a los dos sexos, se habían de fundar precisamente en esa radical oposición, expresada simbólicamente por el mito vulgar de la media naranja; a diferencia de las afecciones entre los individuos del mismo grupo sexual, suscitadas siempre por razones de afinidad.

Partiendo de esta creencia, los estados de sexualidad confusa se consideraban o como anomalías monstruosas si afectaban a la morfología –los hermafroditas– como aberraciones y pecados graves, como monstruosidades del espíritu, cuando se referían a la inclinación del instinto –homosexualidad.

Pero a medida que los estudios sobre la biología sexual han ido progresando, se ha visto, cada vez con mayor claridad, que el “varón-tipo” y la “hembra-tipo” son entes casi en absoluto fantásticos¹; y que, por el contrario, los estados de confusión sexual, en una escala de infinitas gradaciones que se extienden desde el hermafroditismo escandaloso hasta aquellas formas tan atenuadas que se confunden con la normalidad misma, son tan numerosos, que apenas hay ser huma-

no cuyo sexo no esté empañado por una duda concreta o por una sombra de duda².

Este hallazgo, y los progresos de la ética, nos han ayudado a desprender el concepto de la sexualidad confusa del estigma de monstruosidad que antes llevaba consigo. Los hombres actuales no podemos enorgullecernos de nuestro sexo como una cosa perfecta. La plena diferenciación sexual es rara todavía. Luego veremos que esa diferenciación debe ser una de las metas de nuestro progreso, si bien progreso de largos siglos. Y añadamos que ni aún entonces, cuando la normalidad se haya logrado, la conciencia de poseerla nos deberá enorgullecere. Porque el orgullo se edifica siempre sobre valores ilegítimos o incompletos, que su poseedor supervaloriza arbitrariamente. [...]

Por otra parte, los trabajos experimentales y anatómicos han contribuido a la demostración de esta incompleta distinción de los sexos, que ya nos había indicado la clínica. Y en suma, se ha llegado a la posesión de esta verdad trascendental e imprevista: los dos sexos, la masculinidad y la feminidad, no son dos entidades que se oponen punto por punto; hay ciertos momentos de su evolución ontogénica y filogénica en que esta oposición absoluta tiene una apariencia de realidad; pero fuera de esos momentos, la masculinidad y la feminidad se van acercando y acaban por fundirse. No de otro modo que el día y la noche, tan opuestos en las horas cenitales, se enlazan en las largas horas de los crepúsculos en una gradación insensible de momentos, en los que la luz y la sombra se mezclan en proporciones sucesivas.

No hay que decir que todos los estados de confusión sexual que en estos últimos años se han ido estudiando, han dado lugar a una copiosa bibliografía; pero dispersa y no sistematizada bajo una común clave patogénica. Goldschmidt fue quien primero reunió todas las formas de la sexualidad confusa bajo el nombre de intersexualidad, por analogía a los hechos descritos por él y por otros naturalistas en las demás especies animales, singularmente en los insectos.

1. “El hombre integral (Wollman) y la hembra integral (Wollweib) –dice Weil– son, en realidad, hallazgos rarísimos”. Y Biedl: “El hombre puro y la mujer pura son casos extremos que en la realidad apenas se encuentran.”

2. Según Kyrle, de 110 muchachos examinados por él, solo 10 tenían completamente normales los atributos viriles. Los datos de Voss, Tandler, Sternberg, etc., y los nuestros coinciden con esta proporción. En las niñas ocurre lo propio. Schwarz, de 50 hombres, solo en cuatro encontró una sexualidad perfecta. Mathes afirma más resueltamente todavía que “todo ser humano en el caso más favorable es un intersexual rudimentario”.

CAPÍTULO IV

La posición de los sexos ante la evolución morfológica

Antes de comenzar el estudio de los caracteres sexuales funcionales, vamos a volver a considerar en una ojeada de conjunto los caracteres anatómicos descritos en los dos capítulos anteriores. Esta visión resumida nos enseñará claramente una noción que considero esencial dejar sentada desde el primer momento, a saber: *que entre los signos físicos de la feminidad y los de la masculinidad no existe una oposición radical, sino tan solo una mera diferencia cuantitativa.*

Las dos gónadas –testículo y ovario– proceden de una misma zona del soma embrionario; y como dice Krabbe, mientras que el testículo da la impresión de un órgano muy diferenciado, en el ovario se advierte un estado de indecisión bisexual que más tarde se hará visible por la menor energía morfogénica de sus secreciones internas. El testículo, aparte de su evolución histológica, ejecuta además la evolución topográfica de su emigración extra-abdominal, para alojarse en el dispositivo, probablemente mucho más complicado de lo que se cree, de las bolsas escrotales.

En los órganos genitales externos también se advierte que “los de uno y otro sexo representan grados distintos de una misma evolución: el masculino, más avanzado que el femenino” (Tuffier y Lapointe).

Y en todos los caracteres secundarios se sigue percibiendo la misma impresión de superioridad masculina. El esqueleto del hombre, por ejemplo, es, desde luego, más vigoroso que el de la mujer, cuya evolución queda netamente detenida al lado del esqueleto adolescente.

Aún es más típica la diferencia en el sistema piloso. Salvo el cabello, que ahora comentaremos, todas las diferencias entre el varón y la hembra son diferencias cuantitativas. El hombre tiene vello en muchas regiones que son, en la mujer, lampiñas. Y en las regiones en que se presenta en ambos sexos –axilas, cejas, pubis–, el del hombre es más recio y espeso. Aun cuando en los estados patológicos presente la mujer un brote de vello varonil, ya hemos dicho que ofrece casi siempre, no la modalidad viril madura, sino la juvenil.

En la laringe, idéntica observación. Y así, si hiciéramos rasgo a rasgo el examen comparativo de toda la anatomía en la mujer y en el hombre, se reiteraría la misma impresión.

Hay, sin embargo, un grupo de caracteres anatómicos que indican en la mujer un grado de evolución superior al de los correspondientes en el hombre, los órganos derivados del conducto de Müller, espléndidamente desenvueltos en el sexo femenino –útero, trompas, vagina– y cuya representación masculina se reduce al vestigio regresivo del utrículo prostático. [...]

Todo este grupo de caracteres indican que dentro de su general hipoevolución, el organismo femenino se ha especializado para una función determinada, que es la maternidad, a cuya especialización se debe el mayor progreso de los órganos encargados de cumplirla.

Y es más que verosímil, como ya indicó Spencer³, que la causa del alto que el organismo femenino hace en su evolución, acampando cerca de la adolescencia, sea, precisamente, que la energía morfogénica se canaliza en el sentido de fomentar el auge de los órganos maternos, con detrimento de la evolución total. No de otro modo que cuando el hombre se entrega a una actividad genital descompensada y precoz antes de que su desarrollo cumpla el ciclo normal, este desarrollo se resiente, y el individuo no logra nunca una floreciente madurez. Los médicos vemos con frecuencia casos de este género que son, por otra parte, de observación vulgar; lo cual, por cierto, nos hace pensar que, tal vez, se deba, por lo menos en parte, a esta circunstancia, el menos desarrollo orgánico de las razas muy precozmente sexuales, como son las del Sur, con relación a las razas septentrionales, de desarrollo sexual más tardío.

Creo que únicamente de este modo se puede interpretar con claridad el fenómeno de la hipoevolución morfológica del sexo femenino. Por lo tanto, solo privando a la mujer de su maternidad durante un número considerable de generaciones, podría lograrse la quimera, que algunos creen realizable, de que su organismo se igualase al del hombre. Pero como mucho antes de lograrse este resultado la Humanidad habría desaparecido, he aquí por qué el sueño de los feministas no se realizará jamás. [...] Dejando estas divagaciones de tipo finalista, contra las que con razón reacciona el espíritu científico actual, podemos dejar establecida la conclusión siguiente: el estudio de la sexualidad morfológica indica claramente que la mujer se encuentra detenida en un estado de hipoevolución con relación al hombre –verdadera forma terminal de la sexualidad– en una posición intermedia entre este

3. Esta idea de Spencer, sostenida, entre otros, por Schultze, es uno de los conceptos fundamentales a mi juicio, para la compensación de los problemas de la sexualidad. Sin embargo, figura solo de raro en raro en los libros que se ocupan de esta cuestión.

y el adolescente. Pero en la mujer, en cambio, se ha especializado una función trascendental para la especie: la maternidad; que origina el gran incremento de un grupo de órganos adaptados a este determinado fin. Debiéndose probablemente a esta conversión de una gran parte de la energía evolutiva hacia la maternidad, el retraso del desarrollo de la mujer frente al otro sexo”

CAPÍTULO V

Estudio de los caracteres sexuales

Los caracteres funcionales primarios.– El primero que, con un orden racional, debemos estudiar, es la libido, entendiendo por tal la fuerza instintiva que induce a un individuo a satisfacer la necesidad sexual; de la misma suerte que el hambre es la fuerza instintiva que induce al individuo a satisfacer la necesidad de alimentarse. Podríamos, pues, llamarla también hambre sexual.

Esta energía específica *está producida originariamente por un fenómeno químico, que es la irrupción en la sangre de las secreciones internas elaboradas, en cada sexo, por el ovario o por el testículo*. Tenemos una prueba crucial de que esto es así, en los hechos siguientes: 1º, en ninguna especie animal, sin excepción, aparece la libido antes de que empiecen a funcionar las gónadas; 2º, cuando en un animal cualquiera se extirpan estas glándulas antes de la pubertad, el organismo, así castrado, vive toda su existencia sin experimentar la necesidad libidinosa, y 3º, si en este organismo castrado y sin libido se injerta la glándula ausente, la libido reaparece como en un organismo normal.

Pero claro es que la libido no se debe tan solo al simple paso de las hormonas a la sangre. Es preciso que estas actúen sobre el sistema nervioso para dar lugar a la multitud de fenómenos de orden vegetativo, medular y cerebral, que constituyen la conciencia de la atracción y los elementos subsiguientes de la conducta psicosexual.

Hay, pues, junto al elemento químico una fundamental colaboración nerviosa. Como acertadamente dice Lipschütz, el reflejo erótico es el más típico ejemplo de colaboración neurohormónica. Los centros nerviosos son, pues, impresionados por aquellas hormonas, impregnándose de ellas y dando lugar a lo que desde Steinach se llama erotización del sistema nervioso.

Esta erotización o impregnación hormonal del sistema nervioso puede durar algún tiempo después de agotada o suprimida la formación de las hormonas; y así se explica perfectamente el hecho, que antes nos parecía misterioso, de que cuando la castración se hace después de la pubertad –esto es, después de estar

ya erotizado el sistema nervioso– la libido no desaparece inmediatamente, sino que persiste durante algún tiempo. Esta circunstancia, que hace particularmente penosa la vida de algunos castrados tardíos, ha sido observada también en la castración animal. Idéntica satisfactoria explicación tiene la conocida prolongación del sentido erótico en los viejos, hasta mucho tiempo después de la edad en que verosímilmente su increción sexual se ha extinguido.

Ahora bien; dejando de lado, por el momento, la participación nerviosa, recalquemos que la libido en su origen puede identificarse con el hecho de la increción química; la cual tendrá para cada sexo un valor específicamente distinto, suscitando la apetencia por lo femenino en el hombre y la apetencia por lo masculino en la mujer.

Sin embargo, esta diferenciación química no es inmediata, sino que pasa por una fase precoz de evidente indiferenciación. Así como en la anatomía de los niños prepúberes hay ya una distinción sexual, pero todavía borrosa, así también en el alma infantil existe una sexualidad, pero dormida e indiferenciada. Debemos a Freud la valorización de la existencia de la sexualidad infantil y de su carácter indiferenciado, siendo este uno de los valores indiscutibles de su obra. La sexualidad infantil, de un modo normal, se manifiesta precozmente, en actividades de tipo no directamente erótico, como por ejemplo, en la elección de sus juegos –muñecas y soldados: símbolos respectivos de la maternidad femenina y de la tendencia a la actuación social varonil–. Pero también existe una oscura actividad libidinosa en el alma infantil, quizá de menor trascendencia de lo que Freud afirma, por lo menos para la vida normal; pero innegable. Esta libido rudimentaria de los niños tiene por carácter la indiferenciación de su objeto. Se satisface por un mecanismo autoerótico y quizá por una relación sexual indiferenciada, es decir, indiferentemente hetero y homosexual. La diferenciación del fin erótico, la tendencia específica hacia el sexo contrario, no sobreviene sino más tarde, sin que se pueda precisar la fecha, sobre todo en nuestra especie humana, porque en ella las influencias externas –el ambiente cargado del espectáculo del amor entre la mujer y el hombre– modifica, sin duda, la marcha normal de los instintos. Es posible que sin esa influencia perturbadora, la diferenciación sexual no aparecería hasta traspuesta la pubertad.

Más adelante veremos que puede pensarse con mucha verosimilitud que *la energía química, hormonal*, daría por sí sola lugar a una libido de tipo muy poco diferenciado, como lo demuestra la experiencia

de Steinach, repetida por Harms, y por Meisenheimer de que el reflejo erótico en los batracios machos castrados puede hacerse reaparecer, no solo inyectándoles extracto de testículo, sino también inyectándoles extracto ovárico. Esto hace pensar que la libido, suscitada “en bloque” por la excitación química, con una especificidad obtusa, se diferenciaría posteriormente, al menos en la especie humana, a consecuencia de un mecanismo psicológico. Ahora nos interesa hacer constar que, cualquiera que sea su mecanismo, *la diferenciación de la libido no se logra a la par ni con igual perfección en uno y otro sexo. La libido femenina probablemente se despierta antes que la masculina, en relación con la precocidad de la pubertad en la mujer respecto de la del hombre. Pero en cambio, es menos intensa y menos diferenciada.*

Por lo que hace a la intensidad, no tiene duda que la tendencia pura, instintiva, dinámica del hombre hacia la mujer, es incomparablemente mayor que la que siente la mujer hacia el hombre. *Lo que predomina en la sexualidad de la hembra es la aspiración maternal, y a costa de su desarrollo queda disminuido el auge de su libido; del mismo modo que, como antes hemos dicho, el desarrollo anatómico de sus órganos maternos es la causa de la inhibición general de su morfología.*

Toda la vida social y la moral humanas están profundamente influenciadas por este hecho de la menor intensidad, y, por lo tanto, de la menor urgencia de la libido en la mujer. Esta experimenta la inclinación hacia la vida sexual utilizando al hombre, como un rodeo, para el fin maternal. El hombre, en cambio, busca a la mujer como fin primario de su libido, con la aspiración paternal en segundo plano. El simple y notorio hecho de que no exista una prostitución masculina análoga a la femenina demuestra este menor tono de la necesidad erótica de la mujer. Gracias a él la castidad forzada no es una “tragedia orgánica” para las mujeres, como lo es para los hombres. La castidad puede ser en el sexo femenino una “tragedia social”, pero nada más. Por eso la permanencia en la castidad es un problema terrible en los religiosos varones, y no es problema en los conventos de monjas. Además, en la mujer, la libido, por esta misma menor violencia, tiene una propensión característica a la canalización o sublimación de su actividad en el sentido místico, filantrópico, de propaganda social, etc.; en tanto que el hombre es siempre esclavo del instinto directo, salvo casos de notoria frialdad orgánica o de posesión de resortes excepcionales de la voluntad.

Esta diferencia en la energía de las respectivas libidos es, pues, indudable, y en ella se funda una de las

modalidades esenciales en la vida de los sexos: el que en condiciones normales, sea el varón el que busque a la mujer y no a la inversa. Esta ley, de sentido, por lo tanto, físico, no se modifica desde los animales inferiores hasta la especie humana; y desde el origen celular de la vida del individuo –el espermatozoo busca al óvulo, que le espera– hasta el complejo juego amoroso del hombre y la mujer civilizados y adultos.

La menor diferenciación de la libido femenina es una condición unida a su menor intensidad, que acabamos de considerar. Se parece en esto a la oscura libido del niño, y por ello, como anota sagazmente Freud, tiende con facilidad a adoptar la disposición polimorfa, esto es, la facilidad para derivar hacia no importa qué objetivos eróticos. *Como la del niño, la libido femenina, por razón de su menor energía y de su menor diferenciación, es esencialmente pasiva, y por serlo, extraordinariamente propicia a la seducción.* Este es el motivo de que la mujer –al igual que los niños– se prostituya fácilmente. Y este es el motivo también de que el niño y la mujer necesiten en mucha mayor medida que el hombre de diques externos que encajan por las vías normales la sexualidad: en suma, los principios religiosos, éticos, etc.

La tendencia, tan extendida en la mujer al narcisismo, que es una forma sublimada del autoerotismo –una especie de masturbación sin pecado– es otra manifestación típica de esta indiferenciación de la libido femenina. Y también, desde luego, la mayor naturalidad con que se manifiestan en la mujer las amistades homosexuales, que más adelante comentaremos.

En resumen, la libido femenina tiene precisamente por característica su estado rudimentario. Lo cual nos autoriza a insinuar que, *en cierto modo, la libido, en cuanto energía diferenciada, es una fuerza de sentido viril.* Ahora repetiremos lo mismo para el orgasmo.

El orgasmo, esto es, la sensación de placer físico específica de la ejecución del acto sexual es el complemento de la libido; como el placer físico de comer o de beber es el complemento del hambre o de la sed. Son, pues, elementos relacionados por vínculos orgánicos y psicológicos, que los sitúan, como piezas muy próximas, en el gran mecanismo orgánico de la sexualidad. Pero pueden guardar una cierta independencia. Es decir, que, por ejemplo, un hombre dotado de enérgica libido experimentará intensas sensaciones sexuales; pero estas pueden ser discretas, a pesar de la acentuada energía libidinosa.

En esta disociación es difícil discernir, sin embargo, lo que es fisiológico y lo que es patológico. La libido puede, en efecto, aparecer muy aumentada por moti-

vos colaterales, psicológicos, como pasa, por ejemplo, en algunos viejos, e inversamente, pueden verse casos de hombres en los que se conserva una libido intacta, con “hambre sexual” perfecta y con aptitud de erección, pero sin orgasmo, indudablemente por lesiones de la glándula, quizá del tejido seminífero, como piensa Thorek. Yo he tenido ocasión de examinar recientemente un caso de este tipo.

Pero, dejando de lado la cuestión de las relaciones entre la libido y el orgasmo, *es indudable que este es totalmente distinto en la mujer y en el hombre, hasta el punto de que para nosotros puede darse a estas diferencias la categoría de un carácter sexual, no solo por su constancia, sino también por su trascendencia fisiológica y biológica general.*

Estas diferencias son las siguientes: *El orgasmo sexual es muy lento en la mujer y muy rápido en el hombre.* En el hombre, desde sus primeras experiencias sexuales, el orgasmo, con su consiguiente eyacuación, se logra en pocos minutos; con grandes diferencias individuales ligadas a la constitución nerviosa y humoral del sujeto; y con grandes diferencias circunstanciales, dentro de cada individuo, según la calidad y cantidad de los estímulos eróticos. Pero siempre se trata –insistimos sobre ellos– de un acto rápido y una sensación rápida. En la mujer, por el contrario, el orgasmo sexual, ligado a la hipersensibilización del pequeño clitoris y a la secreción de las glándulas vulvo-vaginales, es un fenómeno de lenta producción; lentísima, por lo común, en los primeros encuentros sexuales; y solo en las mujeres de una vida muy polarizada sobre la actividad genital se logra una rapidez del orgasmo comparable a la del hombre. Muy frecuentemente el orgasmo solo aparece o se agudiza en épocas tardías de la vida, y luego veremos la significación trascendente que tiene este detalle.

Hasta tal punto es marcada esta diferencia, que raramente coincide, en el coito ordinario, el precoz orgasmo masculino, con el lento de la mujer, debiéndose a esta circunstancia el origen de muchos disturbios conyugales de índole sexual; y, probablemente, de muchas neurosis⁴.

Es más: es vulgar el hecho de que muchas mujeres no tienen en absoluto experiencia del orgasmo hasta después de muchos años de vida sexual; y aun las hay que jamás salen de este estado de frigidez sexual, que ha sido repetidamente estudiado por los autores. *Como que el orgasmo, que es necesario en el hombre normal para la ejecución del acto sexual primario, para la fecundación, en la mujer no es, en modo alguno, preciso; y puede cumplir perfectamente su función sexual primaria sin experimentar la menor sensación orgásmica.* Es muy crecido el número de mujeres, madres de dilatada prole, y, por tanto “mujeres” en toda la integridad de la palabra, y aun de vida amorosa complicada, que jamás han sentido orgasmo alguno. Es este, pues, en ella, “un lujo”, agradable sin duda, pero innecesario para el fin sexual. Quizá más apreciado por el hombre mismo que por la mujer; y lo prueba el que casi siempre que los médicos tenemos que intervenir en querellas conyugales o procesos de separación, basados en la frigidez de la mujer, no es esta la que se queja, sino el marido⁵.

Podría objetarse que estas esenciales diferencias en el comportamiento del orgasmo pueden ser debidas a circunstancias artificiosas; en suma, al distinto tipo de actividad sexual, siempre más restringido en la mujer que en el hombre, que la Humanidad ha establecido, como norma, desde hace siglos. Pero es obvio que la diferencia se debe a una causa más profunda e inmodificable: a la diferente constitución anatómica de uno y otro sexo. En el hombre el orgasmo tiene por asiento

4. Es preciso fijarnos bien en que esta asincronía de los dos orgasmos, que deja con tanta frecuencia sin realizar la detumescencia femenina, es una anomalía normal, que solo, acaso, con una gran experiencia amorosa se compensa. Insisto en esto, porque nunca me han parecido exactas las interpretaciones de los psiquiatras sobre el peligro del coitus interruptus, como origen de neurosis sexuales, ya que eliminan el orgasmo de la mujer. Este queda eliminado con enorme frecuencia, aunque el ayuntamiento se realice correctamente. Para casi todas las mujeres, el acto sexual es, habitualmente, interruptus.

5. Las estadísticas que dan los autores sobre el número de mujeres frías son, evidentemente, erróneas. Se cita siempre la de M. Duncan, que entre 200 mujeres encontró solo un tercio desprovisto de aptitud voluptuosa. G. Cotté arguye, con razón, que esta proporción está en la realidad enormemente aumentada por los casos de ocultación –por pudor o por amor propio–. Pero la razón principal del error se debe, según mi modo de ver, a que en un crecido número de mujeres falta el orgasmo, la sensibilidad genital específica; pero persiste la libido, esto es, la atracción hacia el hombre y, además, la sensibilidad física a la caricia. En este caso, que es, a mi juicio, el más frecuente, la mujer experimenta en la unión con el hombre, la satisfacción psíquica de su amor y la satisfacción caricial, periférica y difusa, para la que su organismo es tan apto. Le basta con esto e ignora la falta del orgasmo. Si se le pregunta si tiene sensibilidad sexual, nos dirá que sí. Pero la auténtica voluptuosidad será una revelación tardía, que se añadirá a las demás, o no aparecerá nunca, sin que se la eche de menos. Así, puede resultar el hecho inesperado de que muchas mujeres de vida amorosa muy complicada, hayan sido, según todas las probabilidades, casi o completamente frías. Tal parece ser el caso de la más célebre amorosa que jamás ha existido, Ninon de Lenclos, según se desprende de todas sus historias. “Je la soupçonne même –dice Bordaueux– malgré le nombre inquietant de ses amants, d’avoir ignoré les ardeurs des sens”. Otra cosa es la auténtica mesalina: en ella lo esencial es el orgasmo, que, en cambio, coexiste, en la mayoría de las mujeres de este tipo, con una feminidad muy disminuida o francamente dudosa. Entendida así la frigidez, como tal ausencia de “orgasmo voluptuoso específico”, pero con existencia de la libido y de la sensibilidad sexual periférica –y solo así debe rectamente interpretarse– el número de mujeres frías antes de los cuarenta años, es extraordinariamente abundante: desde luego, mucho más de la mitad. Se comprende bien, por otra parte, que es escásimo el número de mujeres en las que la investigación puede llevarse a cabo. Pertenecen estos matices de la sensibilidad de la mujer, a un ámbito inexpugnable de la feminidad, no solo para el investigador, que es siempre un extraño, sino para quienes se encuentran

un órgano muy diferenciado, ricamente vascularizado e innervado: el pene.

En la mujer el órgano correspondiente –el clítoris– permanece en estado rudimentario y es obtuso a toda excitación que no sea muy enérgica y prolongada. Por otra parte, en la mujer hay una gran dispersión de las zonas erógenas, hacia la mucosa vecina (vulvar, anal) y a toda la piel, con aguda especialización en las mamas. Por eso, como hemos dicho, es más sensible a la caricia que el hombre⁶.

La razón fisiológica de esta diferencia es sencilla: el orgasmo masculino existe porque es el acompañamiento subjetivo de un acto imprescindible para la fecundación: la emisión del espermatozoo, que se verifica merced a un fenómeno casi convulsivo de las vías espermáticas. En la mujer, el orgasmo es un acto inútil, ya que el papel del óvulo se reduce a esperar; la sensación que lo determina puede facilitar la copulación; pero en tan corta medida, que no se resiente en nada de su ausencia. Son frecuentísimos los casos de violación seguida de embarazo en los que la pobre mujer, desmayada por el terror, se hizo madre en plena inconsciencia.

Ya hemos indicado que el orgasmo femenino, además de más lento, es casi siempre tardío en su aparición cronológica. Espontáneamente no se desarrolla por completo hasta que la mujer se acerca a los cuarenta años, y en muchas no aparece por primera vez hasta entonces. Se ha atribuido esto a la mayor experiencia amorosa; explicación baladí. Y también, por muchos ginecólogos, a los partos, ya que en cierto número de mujeres no aparece hasta después de tener varios hijos; pero es también difícil de comprender cómo el parto puede influir sobre la detumescencia. Aparte de que el mismo ciclo tardío se observa en mu-

chas nulíparas. La verdadera razón estriba, a mi juicio, en que *el órgano específico del orgasmo femenino –el clítoris– siendo de progenie masculina, alcanza muy tarde el máximo de su desarrollo, pudiendo en este sentido equipararse al desarrollo de otros caracteres viriles que preceden y acompañan al climaterio femenino*. En el capítulo correspondiente recogeremos este interesante tema, relacionándolo con el conocido fenómeno de la “recrudescencia amorosa” de ciertas mujeres en la época de la involución. Dejémosle, por ahora, consignado, y acentuemos que, según estos puntos de vista, el orgasmo innecesario, embotado y tardío de la mujer es, según todas las apariencias, un carácter de acento viriloide intersexual; como hace poco decíamos también de la libido.

El verdadero orgasmo de la mujer normal está en la ilusión con que espera ser madre; en el momento en que abraza por primera vez a su hijo; y en este goce infinito que tienen para ella los cuidados directos de la maternidad. Un sacerdote me refirió una vez que una mujer de conducta irreprochable le consultó porque su conciencia estaba atormentada ante el “placer físico” que sentía al dar el pecho a su hijo. Este buen cura la tranquilizó, y el fisiólogo, naturalmente, asiente.

Aptitud fecundante del hombre; aptitud concepcional maternal en la mujer. En esta tercera categoría de caracteres funcionales primarios, la diferenciación es absoluta. Aun en los casos de hermafroditismo humano, con coexistencia de ovario y testículo en una misma glándula y con coexistencia de las dos libidos, la autofecundación es imposible. La diferenciación sexual encarnada en dos individuos diferentes, es aquí imprescindible. El hombre fecunda; la hembra es fecundada.

Pero la trascendencia fisiológica de uno y otro sexo, frente a la procreación, es infinitamente distinta. En el

en los círculos más íntimos de su afectividad; y esto por la esencia misma del hermético espíritu femenino. El hecho de que una mujer declare de un modo objetivo este tipo de sensaciones, casi el hecho de que se preste a someterse al examen, indica ya una feminidad alterada y sospechosa.

Recientemente, F. Travagli niega la frigidez de la mujer. En su actitud pasiva –dice– encuentra la razón de su placer. Pero este placer –contestamos– no es el orgasmo. Cita, en apoyo de la mayor sexualidad de la mujer, el hecho de que en los manicomios se encuentran pocos locos sátiros y muchas mujeres lascivas, lo cual indica que, al desaparecer por la locura las inhibiciones exógenas, la energía sexual se ofrece tal como es en realidad. Pero no me parece que puedan interpretarse así los hechos. Habría que estudiar en cada caso qué conflictos de orden sexual han acaecido en la vida del demente. Porque lo que no tiene duda es que la sexualidad ocupa una parte mucho mayor y más profunda en el alma femenina que en la masculina; y, por lo tanto, debe ser origen de su desequilibrio psíquico con mayor frecuencia que en el hombre. Pero es una sexualidad formada de elementos afectivos, amorosos, amistosos, sociales y, sobre todo, maternales; la sexualidad primaria, como libido hacia el hombre y como orgasmo, ocupa, en cambio, relativamente poco espacio en ella.

Con este hecho de la menor intensidad del orgasmo en la mujer, se relaciona la indudable menor importancia que en ella tiene la masturbación. Yo tengo el convencimiento de que, así como hay muchos, muchísimos casos de niños varones en los que el comienzo de la masturbación es un hecho espontáneo, en la niña esto es rarísimo. La masturbación en la niña es, casi sin excepción una consecuencia de influencias corruptoras, a las que, a pesar de todo, son mucho menos sensibles que los varones. En todo caso, en ellas cesa el hábito en cuanto cesa la influencia infausta; mientras que en el varón tiende a perpetuarse por un autoestímulo. Concuere con esto el hecho que cita Metchnikoff de que en los monos la masturbación es –como se sabe– muy frecuente en los machos, pero rarísima en la hembra. Por otra parte, mi experiencia es muy demostrativa en el sentido de que las niñas precozmente masturbadoras son, precisamente, las que ostentan signos más marcados de intersexualidad morfológica y psíquica; es decir, lo mismo que hemos dicho de la mesalina.

6. En esta condición orgánica radica una de las causas de la propensión de la mujer a la homosexualidad. Y también la explicación de que puedan ser sexualmente satisfechas por hombres impotentes, pero expertos en el arte amatorio, como les pasa a muchos donjuanes. Este hecho, que aquí solo apuntamos, nos da la clave del éxito sexual de muchos hombres de virilidad menguada.

hombre la fecundación equivale a un minuto de placer. Aquí comienza y aquí termina su intervención. En la mujer ese minuto de entrega, casi siempre sin placer físico, no representa más que el principio de una serie larga de fenómenos complejos y dolorosos: el embarazo, el parto, la lactancia. Y, aún antes de que la concepción ocurra, el organismo femenino se prepara un mes y otro con la ovulación y el proceso menstrual, origen también de modificaciones profundas en la economía, y muchas veces de terribles molestias.

El ataque fecundante del varón depende de su iniciativa voluntaria. La mujer está siempre dispuesta. Periódicamente, un fenómeno sangriento, denuncia que le organismo renueva su aptitud maternal. Imagen de la espera resignada de la novia a que llegue, cuando quiera, el prometido.

CAPÍTULO VI

Estudio de los caracteres sexuales (Continuación)

Caracteres funcionales secundarios – Algunos de los caracteres sexuales que nosotros incluimos en este grupo son, desde luego, discutibles. Yo estoy convencido de lo que pienso, pero no aspiro a que mi criterio sea compartido por todos. Por ello, seré breve en esta parte de mi descripción.

La maternidad y el trabajo – En uno de mis libros he explicado, con razones que no he de repetir aquí, mi criterio, deducido del estudio de las características biológicas de la mujer y del hombre, respecto a una división del trabajo, de profundo sentido sexual. Ya hemos insistido suficientemente en que la mujer es un organismo detenido, en cuanto a su evolución general, en los linderos de la adolescencia, por la necesidad de especializar gran parte de su actividad en la trascendente función maternal. Por esta razón, la actividad sexual primaria, en lo que tiene de acto voluptuoso, es en ella secundaria. Incluso hay, como más adelante veremos, un estado de antagonismo entre la aptitud maternal y la aptitud voluptuosa.

Por ello, también su aptitud para el trabajo físico, para la lucha primaria por la vida, es menor, en condiciones normales, que la del hombre; si bien está dotada de extraordinarias condiciones para desempeñar, en casos de urgencia, esas mismas actividades fundamentalmente viriles.

La mujer espera –habitualmente no busca, sino espera– al hombre. Este la fecunda. Y desde entonces todas las actividades, vegetativas y voluntarias de ella, se polarizan hacia el auge del feto; y después del nacimiento, hacia el del hijo; luego, hasta que este sea capaz de valerse por sí mismo, hacia los infinitos cui-

dados que requiere su crianza y la formación del esquema de sus ideas y de sus sentimientos; funciones todas cuyo instrumento natural es la madre.

Y si todo esto, que es pura maternidad, se cumple de un modo estricto y entrañable, la mujer no debe ni puede trabajar. Es el hombre el que debe hacerlo para ella y para sus hijos.

El papel del varón es bien distinto. Desde que en el momento de la cópula fecunda a la mujer, su organismo queda libre de cuidados sexuales. Por ello su aparato reproductor es un apéndice colateral a su organismo, y no el extenso y complejo aparato genésico de la mujer, con raíces en sus más íntimas entrañas. Pero, en cambio, el hombre posee músculos enérgicos, nervios estables y resistentes y cerebro razonador. Está hecho para luchar con el medio cósmico. Para ganar o para intentar ganar una batalla cada día; primero, para subvenir a las necesidades de su hogar; después, si es ambicioso, y su capacidad iguala a su ambición, para acumular la riqueza y la gloria que aumenten el auge material y espiritual de él y de los suyos.

Para mí es indudable esta significación estrictamente sexual del trabajo masculino, opuesto a la maternidad de la mujer. La naturaleza marca, con una claridad que está por encima de las opiniones de los hombres, esta división biológica en la actividad social de los dos sexos. Sin que esto quiera decir que la mujer no pueda servir accidentalmente para todo aquello que es capaz de realizar el hombre. La bastará desprenderse del sagrado obstáculo que la retarda, de la maternidad, para poder seguir la misma ruta que el hombre. Por eso la mujer sin hijos, o la que haya dejado de tenerlos, puede llevar a cabo, dentro de un sentido normal actividades semejantes a las masculinas.

Pero esto es excepcional. La mujer de tipo sexual medio, y en condiciones sociales normales, es madre por virtud de su esencia femenina; como el hombre de sexualidad media y de condiciones sociales normales, trabaja por ley de su masculinidad. Luego veremos la importancia que tiene esta noción para explicar algunos de los aspectos psíquicos de la intersexualidad⁷.

Diferencias en las esferas afectiva y psíquica – La psicología femenina se caracteriza frente a la viril –dejando de lado otros aspectos menos indiscutibles– por estos dos rasgos esenciales; *de una parte, su afectividad es más aguda*: como que reposa sobre un sistema neuro-humoral mucho más inestable que el del hombre. Una mujer verá siempre la vida a través de sus sentimientos, sin disciplinar estos con la razón, como hace el individuo masculino, sobre todo cuando logra

la madurez. La conducta de la mujer en la vida reposa, en gran parte, sobre este hecho, al que se debe mucho de la excelsitud de su sexo; y también, en parte, mucha de su inferioridad social. Cuando la mujer se acoge al apoyo de la virilidad, no busca, instintivamente, tanto el vigor físico y la protección social que compensen su debilidad, como ese complemento de razón fría que se necesita para neutralizar el exceso de su sensibilidad.

El segundo rasgo diferencial entre ambos sexos es la mayor aptitud que el hombre, liberado del lastre emocional excesivo, posee para la función abstracta y creadora. Con la excepción de algunas mujeres citadas constantemente, por cuya misma escasez se define su excepcionalidad, puede afirmarse que la creación del pensamiento humano y de todo el tinglado técnico de la civilización es obra de los hombres. Sin duda, la condición de absurda inferioridad a que hasta hace poco ha estado relegado el sexo femenino ha limitado su

capacidad creadora. Desde luego, nadie duda hoy que todo cerebro de mujer tiene las mismas posibilidades de perfeccionamiento que el cerebro del hombre. Pero la misión intransferible de la maternidad crea, repitámoslo una vez más, una desviación, en un sentido colateral, de su progreso; desviación de la que solo se librarán las mujeres no madres. Pero estas no podrán transmitirlo, ni perfeccionarlo por lo tanto, a través de la herencia. El hombre nace con una herencia milenaria de perfeccionamientos psíquicos que puede siempre mejorar y transmitir. La mujer, en cambio, encuentra el tope de la maternidad, que se opone a su progreso o el de la infecundidad, que se opone a la transmisión de su progreso. Por eso no es preciso ser adivino para asegurar que aunque quedan todavía muchas ventajas que conquistar a la mujer en el terreno social, su posición psíquica será, en lo fundamental, la misma que ahora; para bien de ella y de la especie.

7. Otras muchas consecuencias psicológicas y sociales se desprenden de esta diferencia fundamental entre el varón y la hembra. Una mujer, muy inteligente, me sugería, hace poco esta idea: el sentimiento del patriotismo está mucho menos desarrollado en el sexo femenino que en el viril. Naturalmente la mujer vincula su sentimiento patrio en el hogar y, quizá, en un ámbito, no muy extenso, en torno del mismo. Su patria es su casa; y traslada su patriotismo de una nación a otra, si los seres queridos la rodean. El hombre, por razón de las características antes expuestas, ve su hogar, como un centro de convergencia de infinitos caminos dilatados que su afán corre cada día. Su idea de patria se nutre, pues, de este contacto directo con extensos elementos sociales, que son casi ajenos a la madre. La expatriación, por ello, es casi siempre mejor soportada por la mujer si el hogar va consigo. Por ello también, la mujer jamás desea la guerra, que es un cáncer desarrollado sobre el sentimiento patriótico, como la desean los hombres, a pesar de que son los que pueden perder en ella la vida. Solo cuando peligra el hogar, la mujer adquiere aptitud bélica, como ocurre en las ciudades sitiadas. Terminado el trance, vuelve a su casa pidiendo la rueca –“Madre sáqueme la rueca, que traigo ganas de hilar”– como la doncella guerrera del romance.